

plo, en el lib. III queriendo hacer el retrato de un moro berberisco llamado *Fracaso* (el nombre no es muy árabe, pero esto es lo de ménos) dice :

Era Fracaso un moro berberisco,
De grueso cuerpo y ánimo *doblado*,
En rostro sierpe, en ira basilisco,
En vista *torpe*, en lengua *libertado*;
Cuba de alegre vino; que el morisco
Que en esto se desmanda, es consumado;
Y á la sazón, sobre un frison polaco,
Hecho venia, recien comido, un Baco.

Dejemos lo de ánimo *doblado* por doble, esto es *falso*, *traidor*, etc.; lo de *torpe* en la vista, y *libertado* en lengua, y nótese lo de *cuba de alegre vino*, y lo de *venir, recien comido, hecho un Baco*; lenguaje que no dista mucho del de una taberna; y, repito, en una epopeya!

En el lib. X tiene una insulsísima alegoría, que él llama artificiosa fabula, sobre el origen del deleite; y queriendo dar á entender por qué medios el amor se insinúa en la voluntad, dice que para esto trata de formar un *ocioso escuadron de ociosos pensamientos*, y continúa :

Este quiere formar, que á la victoria
Con él hallar no piensa impedimento:
Deja la libre tierra de su *gloria*,
Y va *sin ella* sobre el blando viento
En amistad de sola la memoria,
Verdugo cruel de un triste pensamiento,
Haciendo mil *potajes* al sentido,
Amargo el mas sabroso y desabrido.

Mucho se ha dicho del amor, bajo mil formas se le ha personificado; pero á nadie sino á Balbuena se le ha ocurrido el hacerle *cocinero*. Tambien él ha sido el primero que ha llamado á la ausencia (allí mismo)

De los sueños de amor la *pesadilla*.

No abusaré mas de la paciencia de mis lectores. El que guste, puede ver por sí mismo dicha artificiosa fabula, y verá lo último de la extravagancia, de la bajeza, de la ignorancia de todo, y el gusto mas detestable que haya tenido jamas, no digo un poeta épico, sino el último y mas infeliz coplero. Allí verá que la ausencia sirve á la voluntad comidas *frias*, de lo cual y de lo *frio* de la posada, *la estraga el gusto cierta tibieza acompañada de frio y calentura, y dolores de estómago y*

cabeza; y que el tiempo, su médico, viendo que ningun *emplasto* provechoso

Sus yerbas pueden dar y sus legumbres
Que el gusto encienda y rescite el brio,
Porque son *frias* y su mal es *frio*;

la aconseja que viaje; y allí verá tantas otras majaderías y sandeces, que á no verlas uno impresas, pareceria imposible que hubiesen ocurrido á nadie.

Concluiré lo perteneciente á las expresiones, observando que cuando alguna añade á las otras buenas cualidades la de la nobleza, se dice que es *elegante*; y cuando ademas contiene un pensamiento para cuya explicacion parecia difícil hallar una que las reuniese todas, se dice que es *feliz*.

CAPITULO II.

REGLAS PECULIARES DE LAS EXPRESIONES DE SENTIDO FIGURADO.

Es un hecho constante que todas las palabras de una lengua fueron primitivamente instituidas ó en ella, ó en aquella de donde las ha tomado, para designar un solo objeto ó ser, cuando fué necesario darle á conocer por medio de un signo vocal; entendiéndose por objeto ó ser no solamente los cuerpos, sino tambien sus movimientos, los efectos que estos producen, etc., en suma todos los seres y fenómenos que llegamos á conocer por cualquier medio que sea. Es tambien constante que en todas las lenguas muchas palabras pasan de esta primitiva significacion á otra secundaria, ó por uso general, ó á voluntad de los escritores; es decir, que habiendo significado al principio un solo objeto, han pasado despues constantemente á significar otro ú otros, ó pasan en algunas ocasiones. Cuando pues una palabra se emplea para designar aquel objeto á cuya significacion fué primitivamente destinada, se dice que se toma en *sentido propio*; y cuando se usa para designar otro distinto de aquel primero, se dice que está tomada en *sentido figurado*. Y á este uso de las palabras en una significacion secundaria, es á lo que se da el nombre de *tropo*, palabra griega que literalmente designa la accion de dar una vuelta á un objeto físico, esto es, la de ponerle en una direccion distinta de aquella en que ántes estaba. Porque ha parecido que tomar una voz en un significado diverso del que re-

cibió en su institucion, tenia alguna semejanza con la accion de poner un cuerpo en una situacion diversa de la que tenia. Pero es de advertir, que como algunas palabras, habiendo pasado de su primera significacion á otra secundaria, llegan á usarse exclusivamente en esta; en tal caso la segunda viene á ser en cierto modo propia, y por tanto no se dice ya que hay tropo, aun cuando le hubo al tiempo de la primera traslacion.

Acerca de los tropos hay que determinar su origen, sus especies, sus ventajas y las reglas para su uso; cuatro puntos que será necesario explicar con alguna extension, porque teniendo, como tienen, intima relacion con la filosofía del lenguaje, son mas importantes de lo que comunmente se cree. Pero ántes, para que pueda entenderse lo que sobre ellos hay que decir, se hace indispensable dar algunas nociones preliminares, recordando ciertos principios de lógica, relativos al enlace y conexion que las ideas tienen entre sí, á su importancia relativa, y á las clasificaciones que el hombre ha hecho de todos los objetos, á medida que los ha ido conociendo y examinando; principios que no todos los lectores tendrán presentes ó bien entendidos.

ARTÍCULO PRIMERO.

Nociones preliminares.

En cuanto al enlace de las ideas, cualquiera, por poca edad que tenga, habrá observado ya muchas veces que al acordarse de una cosa que ha visto, se acuerda tambien, 1.º de todas sus partes, cualidades y circunstancias, del lugar en que la vió, de otras que la rodeaban, etc.: 2.º de lo que le sucedió ántes y despues de verla; y 3.º de otras que ha visto semejantes á aquella, aunque haya sido en distintos tiempos y lugares. Por ejemplo, cuando uno se acuerda de una flor que vió en un jardin, se le recuerdan sus cualidades y circunstancias, olor, color, tamaño, etc.; el jardin en que estaba, y lo que le sucedió al ir y al venir, suponiendo que fueron cosas capaces de llamar y fijar su atencion, porque si no, su impresion seria tan débil que ya se le habrá borrado. Y si se detiene á contemplar separada alguna de las cualidades de la flor, verbí gracia, su figura, se le recuerdan tambien otros objetos, que en esta parte son parecidos al que entónces examina. Esto

depende de que las impresiones que recibimos simultáneamente, ó en tiempos muy inmediatos, se unen y enlazan, es decir, se colocan las unas cerca de las otras; como igualmente se juntan las que son semejantes entre sí, aun cuando la hayamos recibido en épocas muy distantes una de otra. Como, segun veremos luego, este mutuo enlace de las ideas es el fundamento de que las palabras hayan pasado ó pasen de una significacion á otra, es necesario tener bien entendido este principio de lógica; lo cual es fácil reflexionando en el ejemplo propuesto. Pues aunque ignoremos, como en efecto ignoramos, el por qué y el cómo están unidas y enlazadas las impresiones simultáneas, sucesivas y semejantes, el hecho es que lo están, y esto nos basta para lo que aquí buscamos.

Acerca de la importancia relativa de las ideas, que se hallan como enlazadas entre sí por uno de los tres principios indicados, á saber, por coexistencia, sucesion ó semejanza; constando por lo dicho que cuando recibimos la impresion total de un objeto recibimos igualmente las parciales de sus cualidades, partes y circunstancias; cualquiera puede haber observado tambien, 1.º que entre estas hay á veces una que atrae mas nuestra atencion, como entre las cualidades, el color, la figura, el tamaño ú otra; entre las partes, las que primero se presentan á la vista, ó las que están destinadas á tal ó cual uso particular; entre las circunstancias, la materia, el lugar, etc.; y 2.º que al recordársenos este grupo de ideas coasociadas, se presenta siempre á la imaginacion con mas viveza, y con cierta preferencia, la de aquella cosa que mas nos interesó, cuando recibimos la impresion total, y señaladamente la de aquella parte, cualidad ó circunstancia que tiene mas relacion con el uso, fin ó efecto á que atendemos en aquel instante. Un ejemplo lo probará. Reflexione cualquiera sobre sí mismo, y se convencerá, 1.º de que, en los varios edificios que ha visto, ha encontrado siempre en cada uno cierta cosa que ha llamado su atencion con mas particularidad que las restantes; en uno la materia, verbí gracia, si es de mármol; en otro una parte determinada, como las torres de que está flanqueado; en aquel la figura, en este la elevacion, y así respectivamente; y 2.º de que, en consecuencia de esta atencion preferente que le mereció aquella cosa que mas le chocó en cada uno, se le recuerda su idea con mas viveza que las restantes, al acordarse del edificio mismo.

En órden al modo con que los hombres han clasificado los

objetos que se les han ido presentando en la naturaleza, aunque es cosa sabida de los que han estudiado lógica, no será inútil explicarlo aquí también en favor de los que no la hayan estudiado; ó no lo hayan entendido bien, ó no lo tengan presente. Si examinamos la naturaleza, es decir, el conjunto de seres materiales que nos rodean, veremos que cada uno de ellos está separado de los otros y se distingue de ellos en alguna cosa, aunque nosotros no podamos notar siempre y en todos sus respectivas diferencias. Considerado cada uno de por sí y en cuanto se distingue de los demás, se dice que es un *individuo*: y no hay duda en que, si se pudiera descubrir y señalar en cada uno de estos individuos aquello en que se distingue de otros que se le parecen, se hubiera podido dar á cada uno de ellos un nombre particular. Mas como esto es absolutamente imposible respecto de muchos que á la vista parecen enteramente semejantes, y por otra parte sería inútil y embarazosa tan prolija nomenclatura, hemos tomado el partido de nombrar con un solo nombre todos aquellos individuos que ofrecen á los sentidos cualidades semejantes y uniformes. Un ejemplo lo hará palpable. No hay duda en que, si examinásemos atentísimamente todos los caballos, veríamos que no hay dos tan parecidos que no se distingan en alguna cosa, como el color de la piel, la altura y mil otras circunstancias. Por consiguiente, si tuviésemos interés en distinguirlos unos de otros, podríamos dar á cada uno su nombre particular, como en efecto se les da muchas veces, cuando importa no equivocarlos. Pero como fuera de un caso semejante, sería mas embarazosa que útil tan nimia prolijidad, damos á todos el nombre de *caballos*. De este uso pues han nacido las clasificaciones mentales que los hombres han hecho de todos los seres que han llegado á conocer, y las abstracciones con que se han representado las series de todos los individuos á quienes dan el mismo nombre, como un todo ideal compuesto de partes homogéneas y similares; á cuya totalidad y reunion de individuos se da en lógica el nombre de *especie*. Pasando de una abstraccion á otra; como varias de estas especies tienen también entre sí alguna semejanza, se ha formado de todas las que son parecidas una serie mas extensa, ó un nuevo todo ideal que se llama *género*. Así, por ejemplo, despues de haber formado las series parciales ó especies de caballos, leones, etc., como se vió que todas ellas convenian en tener sus individuos un principio interior de accion y movimiento, que por la ra-

zon que luego veremos se llamó en latin *anima*, se comprendieron todos bajo el nombre comun de *animales*; es decir, que de aquellas series particulares se formó despues otra mas extendida que las comprendiese todas, y se la consideró como un nuevo todo imaginario, al cual se dió el nombre de *animal*. Y como también se observó alguna conformidad entre varios de los géneros mismos, se formaron de ellos otras clases superiores ú otros géneros mas universales, y de estos otros nuevos, hasta parar en el supremo y universalísimo, que es el designado con la palabra *ser* ó *ente*, el cual abraza todo lo que existe, ha existido y puede existir de cualquier modo que sea. De aquí proviene que una clase que se considera como género respecto de las especies que comprende, viene á ser ella misma una especie respecto de otro género mas elevado. Así, la palabra *animal*, que es genérica respecto de las varias especies en que se han distribuido todos los seres animados, viene á ser específica respecto de la palabra *cuerpo*, que designa todos los seres materiales, así animados como inanimados.

En estos tres hechos, enlace ó conexión de ciertas ideas, importancia relativa de algunas de ellas en cada caso particular, y clasificación mental de los objetos, está fundada, como vamos á ver, toda la teoría de los tropos. Ellos explican su origen, en ellos se funda su clasificación, y de ellos se deducen sus ventajas y las reglas para usarlos con oportunidad.

ARTÍCULO II.

Origen de los tropos.

Ciceron, Quintiliano y otros retóricos antiguos redujeron á dos los motivos que tuvieron los hombres para dar á una misma palabra dos ó mas significaciones, *la necesidad* y *el placer* (1). Otros han añadido la imaginación, las pasiones y la ignorancia misma de los hombres. Y no hay duda en que todas estas cosas han contribuido y contribuyen á la formación y al empleo del lenguaje figurado, pero, bien examinado el

1. La palabra *placer* está ahí en un sentido muy vago. Pudieron decir verdad Ciceron, Quintiliano y los demás retóricos que, como aquellos, se fijaron en esos dos motivos, pero tampoco se engañaron los que con *J.-J. Rousseau* atribuyeron á las pasiones el origen de los tropos. A las exigencias de las pasiones debió sin duda el hombre el encuentro de la palabra, como debió comenzar á expresarlas por medio de tropos, estimulado por el *placer* con que ellas mismas le convidaban. En tal hipótesis, también nosotros tenemos al *placer* por uno de los motivos que dieron origen á los tropos.

punto, se verá que todas ellas no son mas que la necesidad variada y diversificada, segun los diferentes efectos que el hombre ha tenido y tiene que producir por medio de la palabra. De consiguiente, podemos señalar la necesidad como la única cosa que ha dado origen al sentido figurado. Para probarlo, bastará recorrer brevemente las varias y sucesivas alteraciones que ha recibido y recibe en todas las lenguas el sentido primitivo de las palabras.

1.º Siendo imposible, como queda observado, dar á cada individuo de la naturaleza un nombre particular, es evidente que los hombres, al paso que fueron conociendo varios que se asemejaban entre sí, se vieron en la necesidad de extender á la serie entera el nombre que habian dado al primer individuo que conocieron en ella; lo cual fué ya emplear el signo de una idea por el de otra. Como hoy no conocemos positivamente los elementos primitivos de ninguna lengua, pues la mas pobre está ya infinitamente variada y alterada, pondremos un ejemplo hipotético para que se vea esta primera alteracion, que necesariamente recibió el significado de los nombres. Supongamos que la palabra *leon* sea en efecto la que Adan empleó para designar el animal que hoy conocemos con este nombre. Es claro que aquella voz en el principio no pudo ser mas que un nombre propio, porque nuestro primer padre, al inventarla, no designó con ella la primera vez mas que aquel leon determinado que tenia presente, y al cual queria poner nombre. Supongamos que el mismo Adan vió sucesivamente otros leones. Es evidente, por lo que dejamos dicho, que hallándolos semejantes, dió á todos el mismo nombre de *leon* que habia dado al primero; y hé aqui á este nombre propio transformado ya en apelativo, es decir, que habiendo significado al principio un solo individuo, pasó á significar la especie entera.

2.º A esta necesidad, que podemos llamar *gramatical*, se añadió otra que pudiese decirse *ideológica*; pues resulta de la naturaleza de ciertas ideas, para cuya expresion fué necesario, no ya hacer de nombres propios apelativos, sino lo que es mas, hacer que la palabra que significaba objetos de una clase, pasase á significar los de otra muy distinta; y este fué el segundo paso que dieron las lenguas obligadas por la necesidad. Todos saben por experiencia propia que no podemos reducir á imagen las ideas de las cosas inmateriales, sino figurándonoslas corpóreas y semejantes á algunos de los objetos

materiales que conocemos ya por los sentidos. De este hecho se infiere que cuando los hombres tuvieron que hacer visibles en cierto modo por medio del lenguaje los seres inmateriales, se vieron precisados á darles cuerpo, por decirlo así, atribuyéndoles por analogía algunas de las cualidades sensibles de los objetos corpóreos, porque de otra manera no hubieran sido entendidos por los otros hombres con quienes hablaban. Para esto no tuvieron otro arbitrio que el de dar á los objetos inmateriales los mismos nombres que significaban ya las cosas sensibles, con las cuales creyeron que tenian aquellos alguna semejanza ó analogía. Podria en efecto demostrarlo examinando una por una las palabras que en nuestra lengua y en otra cualquiera designan seres espirituales, bajo cuya denominacion general se comprenden no solo los objetos reales verdaderamente incorpóreos, sino tambien las abstracciones que el hombre ha formado de las ideas materiales que recibe por los sentidos, y de las cuales ha hecho otros tantos seres ideales, imaginarios, intelectuales y morales; pues todos estos nombres tienen segun el modo con que se consideran. Pero como esto seria demasiado largo y el hecho es constante, concluiré este punto con dos observaciones necesarias.

La primera es, que entre las palabras que de significar objetos materiales pasaron luego á significar tambien los que no lo son, unas han perdido su primera significacion, conservando solo la segunda, la cual por consiguiente ha venido á serlas en cierto modo propia: tales son las palabras *espíritu*, *alma*, *entendimiento*; y otras han conservado ambas; tal es, por ejemplo, la palabra *corazon*, la cual habiendo significado primeramente la entraña material conocida con este nombre, pasó, por la razon que luego se dirá, á designar la parte moral del hombre, las pasiones, algunas disposiciones del ánimo, el valor y otras mil cosas, cuyas significaciones secundarias conserva, pero sin haber perdido la primera.

La segunda es, que muchas palabras han sido trasladadas de los objetos materiales, no á los espirituales, sino á otros igualmente materiales y de muy distinta especie. Tal es, por ejemplo, la palabra *haja*, que habiendo significado primeramente una parte de los vegetales conocida con este nombre, pasó á designar otras cosas, materiales sí, pero de muy distinta naturaleza, como las porciones iguales de papel de que se compone un libro, la parte acerada de las espadas y sales, etc. En este caso, es decir, cuando las varias significacio-

nes de una palabra son todas de objetos materiales, es á veces difícil distinguir cuál de ellas es la primitiva; pero para conocerlo, téngase por regla general, que será la de aquel objeto que primero debieron conocer los hombres. Así en el ejemplo propuesto, como debieron ver árboles mucho tiempo ántes de tener libros, es indudable que la palabra *hoja* significó las de aquellos ántes que las de estos. Esta traslación de una significación material á otra que igualmente lo es, debió su origen á la necesidad, lo mismo que la transformación de los nombres propios en apelativos; y aun en rigor puede decirse que es la misma cosa, pues si una palabra llegó á significar dos cosas tan distintas, como son las hojas de los árboles y unos pedazos de papel, fué porque considerando en las primeras la cualidad de ser delgadas y planas, se extendió aquella voz á designar en general todos los objetos que las reunian, cuando no ofrecian otras mas interesantes, por las cuales mereciesen ser nombradas; y en esto no se hizo mas que seguir el impulso de la necesidad, ahorrando palabras nuevas, siempre que con las ya inventadas se pudo dar á entender suficientemente lo que se quería decir.

3.º A estas dos especies de necesidad, que pueden llamarse de la lengua mas bien que del escritor debe añadirse la de este para conocer completamente todo lo que ha dado origen al sentido figurado. Para entender en qué se funda esta necesidad del escritor, es menester recordar lo que ya dejamos observado, á saber, 1.º que un objeto nunca se nos presenta solo é independiente de los demas, sino rodeado y dependiente de otros muchos, con los cuales tiene siempre alguna relación; porque es todo ó parte, precede ó sigue, es causa ó efecto, es ó no semejante á otro, y á lo ménos coexiste con algunos en un mismo lugar: 2.º que las ideas de los que tienen entre sí ciertas relaciones, están como enlazadas unas con otras: 3.º que juntamente con la idea principal del objeto que contemplamos, se nos recuerdan tambien otras varias de las *accesorias ó coasociadas*; y 4.º que muchas veces alguna de estas accesorias es para nosotros mas interesante que las otras, y por tanto se presenta á la imaginación con cierta preferencia. De este enlace pues de las ideas y de este fenómeno intelectual, que como dijimos, cualquiera puede haber observado en sí mismo, resulta que cuando hablamos agitados de alguna pasión, y en aquellos movimientos repentinos en que la imaginación acalorada tiene mas parte en la elección de las expresiones

que el frío exámen de la meditación; empleamos para designar las cosas, no sus nombres propios, sino los de aquellas accesorias que mas fuertemente nos conmueven. En esto, como se ve, procedemos impulsados del vehemente impulso que entónces experimentamos de comunicar á los otros las ideas, no de cualquier modo, porque esto no nos satisface, sino con la misma fuerza y energía, y por decirlo así, con el mismo colorido con que en aquel momento se presentan á nuestra imaginación. Esta especie de necesidad es la que mas ha extendido el uso del lenguaje figurado, pues lo que es una necesidad verdadera y muy real en el que habla agitado de una pasión violenta, ha venido á ser una necesidad facticia en el que ha tenido que imitar el lenguaje vivo, animado y pintoresco de la imaginación y de las pasiones. Y como esto es esencialmente propio de los poetas y oradores, de aquí es que se ha mirado como exclusivamente reservado á ellos el lenguaje figurado; pero en realidad se extiende á todo género de escritos. Porque entre todos los asuntos que pueden ofrecerse, apénas hay uno en que no tengan alguna parte la imaginación y las pasiones, en que de consiguiente no sea necesario imitar mas ó ménos su lenguaje.

Resumiendo ya todo lo dicho sobre el origen de los tropos, resulta:

1.º Que los hombres han sido guiados en este punto, como en todos, por la necesidad, y que es de tres clases la que los ha obligado á dar varias significaciones á una misma palabra: 1.ª la que hemos llamado *gramatical*, por la cual se ha extendido la significación primitiva desde un solo individuo á toda la especie entera, y aun á otras clases distintas: 2.ª la que hemos llamado *ideológica*, porque es la que ha obligado á trasladar los nombres de los objetos materiales á los inmateriales; y 3.ª la que por lo dicho podemos llamar *moral*, la cual hace que los signos de las ideas coasociadas se sustituyan unos por otros.

2.º Que la significación secundaria, que algunas palabras han tomado constantemente en virtud de la primera, ha llegado á ser ya la suya propia.

3.º Que sucede lo mismo con aquellas que, habiendo sido trasladadas desde los objetos materiales á los que no lo son, han perdido su primera significación.

4.º Que aunque unas y otras pudieran en rigor llamarse tropos, y lo fueron en su principio, ni se las da ya este nom-

bre, ni son de las que ahora tratamos, sino aquellas que conservando su primera significacion, toman constante ó pasajeramente otra secundaria. Tales son muchas de las trasladadas por la segunda especie de necesidad, y todas las de la tercera.

Esto supuesto, veamos ya cuántas especies de tropos deberán admitirse; previniendo ántes, para que acaso no se confundan dos cosas muy distintas, que no es lo mismo ser un término *propio*, que estar tomado en *sentido propio*. Lo primero quiere decir que expresa bien la idea, y esté él tomado en la acepcion que se quiera; lo segundo, que está tomado en su acepcion primitiva. Así, por ejemplo, cuando usamos la palabra *corazon*, para designar la parte moral del hombre, es propia y propisima, porque expresa perfectamente la idea; pero no está tomada en su primitiva acepcion, pues en esta no designa mas que la entraña material que se llama así en nuestra lengua.

ARTÍCULO III.

Especies de los tropos.

Constando ya por lo dicho que el sentido figurado se funda en la conexion que tienen entre sí la idea del objeto primitivamente designado por las palabras y la del otro ú otros á que se extienden ó trasladan, y que esta conexion se forma entre las impresiones simultáneas, sucesivas y semejantes, ó como los filósofos se explican, por coexistencia de lugar, por inmediata sucesion de tiempo y por semejanza de cualidad; es evidente que no puede haber mas que tres especies de tropos, en cada una de las cuales se distinguen luego, para mayor claridad, varios modos de verificar la traslacion. La primera comprende las que se fundan en la relacion de coexistencia, es decir, que á ella pertenece toda traslacion en que las palabras pasen á significar uno ó mas objetos distintos del primero, á consecuencia de hallarse enlazada la idea de este con la de aquel ó aquellos, por haber sido simultáneas las impresiones que las produjeron; y se llama *sinécdoque*. La segunda abraza todas las traslaciones verificadas en virtud de la conexion que resulta entre las ideas por la sucesion de orden ó de tiempo, y se llama *metonimia*. La tercera contiene las que se fundan en la semejanza, y es la llamada *metáfora*.

Sinécdoque.

Esta palabra griega significa literalmente *comprension*; y se designa con ella este primer tropo, porque entónces el nombre de un objeto que comprende otros, se emplea por el de alguno de estos, como cuando el nombre de un género se pone por el de alguna de las especies contenidas en él, ó el de una especie por el de alguno de los individuos. Pero por lo dicho es claro que deberá usarse para designar todas las traslaciones fundadas en la relacion de coexistencia, aun cuando no haya rigurosa comprension; traslaciones que se verifican de los modos siguientes:

1.º El nombre de un *todo* se pone por el de alguna *parte*; y al contrario, el de una sola *parte* por el del *todo*. Ejemplo de lo primero, cuando decimos: *el hombre ha sido formado de barro*, y otras expresiones semejantes, en las cuales se ve que la palabra *hombre*, que ordinariamente significa el compuesto total de cuerpo y alma, designa ahora el *cuerpo solo*, pues de otro modo serian falsas. De lo segundo, cuando decimos: *Tantas velas han salido de Cádiz*, en lugar de *tantos navíos*: en cuyo caso la palabra *vela*, nombre de la parte de un navío, se emplea por la de *barco*, *buque* ó *embarcacion*, nombre del objeto total de que hablamos.

2.º *El género por la especie* y al contrario. Ejemplo de lo primero, cuando la palabra *mortal*, epíteto genérico que conviene á todos los animales, se emplea para designar los *hombres solos*. De lo segundo cuando decimos: *Fulano no encuentra dónde ganar el pan*; en cuya expresion y otras semejantes, la palabra *pan*, nombre de una especie particular de alimento, designa *todo alimento* en general, y aun *todo lo necesario para subsistir*.

3.º *La especie por el individuo*, y al reves; ó, hablando gramaticalmente, el nombre apelativo por el propio, y al contrario. Lo primero se verifica cuando, por el ejemplo, los apelativos, *orador*, *poeta* se ponen por los propios, *Ciceron*, *Virgilio*: lo segundo, cuando el nombre propio *Mecénas* se emplea por el apelativo *protector*. Como los retóricos han formado de este modo de traslacion, que indudablemente pertenece á la *sinécdoque*, un tropo distinto que llaman *antonomasia*, observaré de paso, para que se vea cuán inexactas é inconsecuentes han sido sus clasificaciones, que en rigor la misma traslacion hay en tomar la especie por el individuo y

este por aquella, que en poner el género por la especie y esta por aquel; pues es innegable que el género es respecto de las especies subalternas, lo mismo exactamente que cada especie respecto de los individuos que contiene. Sin embargo, los retóricos han caído en la inconsecuencia de referir la traslación de género por especie, y al revés, á la sinécdoque, y de hacer un tropo distinto de la de especie por individuo, ó al contrario.

4.º *El plural por el singular*, y al revés. Por la primera empleamos frecuentemente el pronombre de plural *nosotros* (ó *nos* en las fórmulas y decretos) por el de singular *yo*. Por la segunda es también común decir en singular, *el español*, *el francés*, etc., aun cuando se quiere designar muchos, ó todos los individuos de estas naciones. En seguida de este uso de sustituir uno por otro el singular y el plural, ponen los retóricos la traslación que llaman *de número determinado por indeterminado*, como cuando decimos: *Mil veces he visto, dicho, hecho*, etc., por *Muchas veces*; pero si se examinan bien estas expresiones, se verá que en ellas no hay verdadero tropo, sino una especie de exageración ó hipérbolo.

5.º *La materia* de qué una cosa es formada, *por la cosa misma*, como cuando decimos, *el acero por la espada*.

6.º *El continente por el contenido*, ó lo que es lo mismo, el nombre del lugar ó paraje donde se halla una cosa por el de la cosa misma. Así los nombres Francia, Italia, España, etc. se emplean para designar los habitantes de estos países. Aquí se refiere comúnmente el uso de dar á algunos artefactos el nombre de la ciudad, villa ó provincia donde se fabrican, como cuando se llama *hamburgo*, *ruan*, etc. el lienzo fabricado en aquellas ciudades; pero en rigor estas expresiones no son tropos, sino elipsis autorizadas por el uso, y equivalen á la expresión plena, *lienzo fabricado en Hamburgo*, *Ruan*, etc. Lo mismo debe decirse de estas expresiones, *beberse una botella de vino*; *apurar la taza ó el vaso*, y otras semejantes. No son realmente tropos, sino licencias de sintáxis. En consecuencia de este uso de poner el nombre del lugar, donde una cosa está ó reside, por el de la cosa misma, los de aquellos órganos corporales, que bien ó mal se consideran como asiento ó residencia de las potencias del alma y de las pasiones del hombre, se toman por las potencias y pasiones mismas. Así porque los antiguos miraban el corazón como el asiento de la prudencia, del juicio, del talento, la expresión latina *habet cor* significa,

tiene talento, juicio, etc., y al contrario, entre nosotros que consideramos el corazón como centro de la fuerza, y por consiguiente del valor, la traducción literal *tiene corazón*, significa que uno tiene, no talento, sino valor. Esta observación es muy necesaria para traducir con acierto los autores antiguos.

7.º *El signo por la cosa significada*. Aquí se retiene el uso de indicar, 1.º las dignidades y las personas que las obtienen por sus distintivos ó insignias, como entre nosotros la dignidad real por el cetro, la cardenalicia por el capelo, la judicial por la toga, etc.; y entre los romanos el consulado y la pretura por las fasces: 2.º las naciones por su escudo de armas, como la España por el león, etc.; y 3.º las divinidades del paganismo por sus atributos ó símbolos, como Neptuno por el tridente, etc.

8.º *El abstracto por el concreto*, esto es, el nombre abstracto de una cualidad por el adjetivo que la expresa como existente en algún sugeto. Así decimos: *La ignorancia es atrevida*, para expresar que los ignorantes son atrevidos: en cuya locución y en todas las de su clase, hay además, como ya se dijo, una especie de personificación, por la cual, dando una como existencia material á los seres abstractos, les atribuimos cualidades que en rigor solo se hallan en los seres reales.

Estos modos de traslación, de los cuales unos se atribúan hasta ahora á la sinécdoque ó á la metonimia, y otros constituían tropos distintos, deben todos referirse á la sinécdoque, porque en ellos el signo propio de una idea se emplea para designar otra, con la cual está enlazada por el principio de coexistencia, ó en virtud de la simultaneidad de las impresiones. En efecto, es claro que los nombres del todo y de la parte, del continente y del contenido, de la cualidad y del sugeto en que se halla, de la materia y de la cosa que con ella se hace, de las insignias ó símbolos de una persona y de su dignidad, se sustituyen uno por otro; porque, estando tan unidas en nuestro ánimo las ideas de todas estas cosas como lo están entre sí en la naturaleza las cosas mismas, se nos presenta una de ellas en ciertas ocasiones con preferencia á su correspondiente, por razones que luego indicaré. No será inútil prevenir, para que se vea por qué pertenecen á este primer tropo las traslaciones de esta clase, que el tomarse el género por la especie, esta por el individuo, y el plural por el singular, ó al contrario, es en sustancia lo mismo que poner el todo por la parte, ó al revés, pues los géneros, las especies, los individuos y los números

son respectivamente todos y partes en el orden lógico ó metafísico, y sus ideas siguen en su enlace y relaciones las mismas leyes que las de los objetos físicos.

Metonimia.

Esta palabra griega, traducida en una sola castellana, significa *trasnominacion*, esto es, la accion de nombrar una cosa que es ántes con el nombre de otra que es despues, y al contrario; y conviene muy bien á las traslaciones de la segunda clase, en las cuales el signo de una idea se emplea por el de otra con la cual está enlazada por la ley de inmediata sucesion, es decir, porque fueron sucesivas las impresiones que las produjeron. Los modos de verificar la traslacion en este tropo son estos:

1.º *El antecedente por el consiguiente*, y al reves; es decir, el nombre de una cosa que segun el orden de la naturaleza, ó segun las instituciones humanas, antecede á otra, por el de esta misma, y al contrario. Segun el orden inmutable de la naturaleza, y por la necesidad mas absoluta, primero es existir que perecer ó dejar de existir, primero es vivir que morir. Cuando pues los latinos, para decir que una cosa habia sido destruida, decian que *existió, ó fué*, como en esta expresion de Virgilio: *Fuit Ilium, et ingens gloria Dardanidum*. « Fué Ilium, y la gloria de los hijos de Dárdano; » y cuando para denotar que un hombre habia muerto, decian: *Vitá functus est*, lo cual literalmente significa « gozó de la vida » tomaban el antecedente por el consiguiente. Al contrario, cuando Virgilio en la *Égloga I.* dice: *Post aliquot aristas*, esto es, « despues de algunas espigas, » queriendo dar á entender, despues de algunos años, toma el consiguiente por el antecedente. En esta expresion hay primero sinédoque de la parte por el todo, pues *arista* no significa la espiga entera, sino una parte de ella, es decir, una de aquellas hebritas que salen de cada grano; y luego hay la metonimia de tomar las espigas por los años, metonimia fundada en que en cada año hay nuevas espigas. De manera que pasa por todas estas ideas consiguientes: las espigas suponen la granazon de las mieses, esta el verano, y este un año entero corrido desde la anterior cosecha; y así cuantas veces haya nuevas espigas, tantos años habrán pasado. Nótese que á este uso de poner el signo de una idea consiguiente por el de su antecedente, se deben la mayor

parte de las acepciones secundarias, pero constantemente usuales, de las voces.

2.º *La causa por el efecto, y este por aquella*. De uno y otro tenemos ejemplo en estas dos expresiones castellanas, *Vivir de su trabajo*, y *Ganar el pan con el sudor de su rostro*. En la primera, que quiere decir, mantenerse con la ganancia que produce el trabajo, se toma este, causa productiva de la ganancia, por la ganancia su efecto; y en la segunda, que vale tanto como ganar con el trabajo lo necesario para vivir, se designa el trabajo, causa del sudor, por el sudor mismo, efecto del trabajo.

3.º *El inventor por la cosa inventada*. Aquí se refieren las expresiones poéticas en que los nombres de las divinidades gentilicas se ponen, 1.º por los de aquellas cosas que, segun la opinion vulgar, habian inventado; y 2.º por los de otras, de las cuales se las creía nùmenes tutelares. Por la primera especie de traslacion, en lenguaje poético *Céres* significa el pan, *Baco* el vino, etc.; y por la segunda *Marte* se toma por la guerra, *Anfitrite*, por el mar, etc.

3.º *El autor por sus obras*. Así decimos comunmente, *Leo á Ciceron, Virgilio*, etc., por, *Leo las obras de estos escritores*; pero es de advertir que no todas las expresiones en que para designar un libro, se nombra su autor, son verdaderos tropos; algunas son simples elípsis. Tal es esta, *Tengo un Ciceron de Dos-Puentes*, la cual no es mas que una elípsis de esta construccion plena, *Tengo un ejemplar de las obras de Ciceron*, impresas en la ciudad de *Dos-Puentes*.

5.º *El instrumento con que se hace alguna cosa, por la manera de hacerla, ó por la persona que la hace*. Así, 1.º porque los antiguos escribian con un punzon llamado en castellano *estilo*, esta palabra se toma por la manera misma de escribir, ó de manifestar los pensamientos por escrito; y 2.º porque nosotros eseribimos con plumas, ademas de decir como en el primer caso, *fulano tiene buena pluma*, esto es, escribe bien, tomamos la pluma por el escritor mismo, diciendo, verbi gracia, *Plumas muy elocuentes han tratado de esta materia*, en lugar de decir, *Escritores muy elocuentes*.

Obsérvese que de estos cinco modos los cuatro últimos no son realmente mas que variedades del primero, pues el inventor y la cosa inventada, el autor y sus obras, el instrumento y lo que con él se hace, no son, como se ve, mas que causas y

efectos de diferentes clases, y toda causa y efecto son un antecedente y un consiguiente; porque toda causa precede, á lo ménos en orden, á su efecto, y este se sigue á ella. Sin embargo los he indicado con separacion, para que no se extrañe lo que en los autores se lea sobre estas traslaciones, ni se crea que son distintas de las metonimias.

Obsérvese tambien que del modo de antecedente por consiguiente hacen algunos un tropo particular, que llaman *metalepsis*; pero ya se ve cuán inútilmente.

Metáfora.

Esta palabra significa literalmente *traslacion*. Y aunque este es un nombre genérico que se da, como hemos visto, á toda acepcion de las palabras en un sentido que no es rigurosamente el suyo propio, conviene sin embargo con mas propiedad á las de la tercera especie, es decir, á aquellas en que se da á una cosa el nombre de otra con la cual tiene alguna semejanza. La razon la daré mas adelante: ahora veamos en qué se fundan y cómo se forman las traslaciones llamadas *metáforas*, las mas usuales y mas importantes de todas.

Ya he dicho, y la experiencia lo acredita, que las ideas de los objetos que tienen entre sí alguna semejanza, están unidas y enlazadas en nuestro ánimo de un modo que para nosotros es tan desconocido como constante es el hecho. La experiencia nos demuestra igualmente, como dejamos observado, que en virtud de esta conexion de las ideas, cuando nos acordamos de un objeto, se nos recuerdan tambien otros que se le parecen, y señaladamente aquellos que le son semejantes en la cualidad ó circunstancia determinada, que en aquel instante contemplamos. Tambien es un hecho que esta presencia simultánea de las dos ideas hace que necesaria y aun involuntariamente observemos aquello en que convienen ambos objetos. Finalmente es constante, que muchas veces, cuando hablamos de un objeto, necesitamos dar á conocer, no solo el objeto mismo, sino tambien la semejanza que hemos observado entre él y el otro que se le parece; porque esto servirá para que se le conozca mejor, viendo lo que tiene de comun con otro que ya no es conocido.

Ahora bien, esto puede hacerse de dos maneras; ó diciendo expresamente que una cosa es semejante á otra bajo tal ó cual aspecto, ó poniendo el nombre de esta por el de aquella: lo

primero se llama, como dije en otro lugar, hacer una comparacion, porque no es otra cosa que traducir al lenguaje el acto del entendimiento llamado *comparacion*; y lo segundo es cabalmente lo que llamamos *metáfora*. Se ve pues que esta no consiste en otra cosa que en dar á un objeto el nombre de otro con el cual tiene alguna semejanza, y que es un simil expresado en una forma compendiosa. Se supone que el un objeto es tan semejante al otro, que sin hacer expresamente la comparacion entre ellos, como en el simil formal, se puede poner el nombre del uno en lugar del nombre del otro. Así por cuanto lo que hace un Ministro en el órden político, cuando por sus acertadas providencias impide que una nacion decaiga de su poder y gloria, es enteramente parecido á lo que los objetos materiales llamados columnas hacen respecto de los edificios en el órden mecánico; damos á un buen Ministro el nombre de *columna*, y decimos que es la *columna del Estado*; porque el denuedo con que un guerrero se arroja sobre su enemigo en un combate, es muy semejante á la intrepidez con que un leon se arroja sobre la presa que quiere devorar; damos á aquel el nombre de *leon*, etc., etc., pues los ejemplos ocurren á cada paso.

En la metáfora no hay ni puede haber varios modos de verificar la traslacion, porque siempre consiste en sustituir al signo de una idea el de otra semejante; pero se pueden distinguir tres variedades. 1.ª Si en una frase no hay mas que un solo término metafórico, como en la citada, *Un buen Ministro es la columna del Estado*, la metáfora se llama *simple*. 2.ª Si hubiere dos, tres, ó mas con otros de significacion literal, como en esta, *Un Ministro es la columna que sostiene el edificio del Estado*, la metáfora será *continuada*. 3.ª Si todos los de una frase son metafóricos, verbi gracia, *Cayó la columna que sostenia el edificio*, tendremos ya una verdadera *alegoría*. Estas se diferencian de las metáforas continuadas, porque en ellas las expresiones pueden entenderse tanto en el sentido propio como en el figurado; al paso que en las metáforas continuadas las palabras de significacion literal que se mezclan con las metafóricas, determinan necesariamente su significacion. Por esto, si en lugar de decir, *Cayó la columna que sostenia el edificio*, se dijese, *Cayó la columna que sostiene la nacion*, esta última palabra, que no puede designar un edificio material, hace ver al instante que la columna que la sostiene, no puede ser tampoco material, ni la caída el movi-